

JOYCE CAROL OATES

EL SEÑOR DE LAS MUÑECAS

Y OTROS CUENTOS DE TERROR



El señor de las muñecas y otros cuentos de terror es una excepcional colección de relatos que nos atrapa desde la primera página. Historias que nos hacen vivir en medio de emociones intensas y a veces contradictorias, pero siempre con la sospecha de que lo que sucede entre los personajes, no es exactamente como lo percibimos. La intriga unas veces, y el terror otras, nos atraen sin remedio a través de la prosa limpia y ágil de la gran Joyce Carol Oates.

En «El señor de las muñecas» un joven cuenta en primera persona su afición a las muñecas desde pequeño. Según van pasando los años, colecciona muñecas que encuentra en la calle. De repente el lector empieza a sentir una extraña incomodidad.

En «Soldado» el acusado de un crimen racista, al que odia todo el país, afirma que sencillamente se defendió cuando una pandilla de adolescentes intentó atracarlo. Poco a poco vamos descubriendo lo que realmente sucedió.

En «Accidente por arma de fuego. Una investigación», Harma, que tiene catorce años, recibe el encargo de su profesora preferida de cuidar su casa en la zona más elegante de la ciudad mientras ella está ausente. Pronto recibirá una visita.

En «Ecuatorial», un matrimonio mayor emprende un viaje científico por las islas Galápagos. Una noche Henry convencerá a Audrey de que le acompañe a una de las cubiertas del barco.

En «Mamaíta», Violet no se lleva bien con su madre, y pronto entabla amistad con Rita Mae Clovis, una compañera del colegio. Un día la familia de su amiga le mostrará a Violet su gran secreto.

En «Misterios S. A.», el asesino se hace pasar por un cliente interesado en ediciones raras, y nos cuenta su entrevista con Aaron Neuhaus, el dueño de la librería, al que le ofrece unos bombones en los que ha inyectado una extraña sustancia.

Índice de contenido

Nota al texto

El señor de las muñecas

Soldado

Accidente por arma de fuego. Una investigación

Ecuatorial

Mamaíta

Misterios S. A.

Sobre la autora

A Danel Olson

Nota al texto

«El señor de las muñecas» se publicó originalmente en *The Doll Collection*, ed. Ellen Datlow (Tor Books, 2015).

«Soldado» se publicó originalmente en la *Idaho Review* (2015).

«Accidente por arma de fuego» (2015), «Ecuatorial» (2014) y «Mamaíta» (2016) se publicaron originalmente en *Ellery Queen*.

«Misterios S. A.» se publicó originalmente en *The Mysterious Bookshop's Bibliomystery series* (2015).

El señor de las muñecas

A Ellen Datlow

—PUEDES COGERLA. Pero que no se te caiga.

Así de solemne habló mi prima Amy. Y así de solemne me ofreció su adorada muñeca.

Era un bebé con ropa de bebé, una camiseta estampada con patitos rosa y, en los piecitos de bebé, patuquitos rosa. Y un pañal, blanco, con un imperdible plateado.

Un bebé de juguete suave, carnoso, con plácida cara de bebé, dedos de bebé maleables y carnosos bracitos y piernecitas de bebé que podían manipularse hasta cierto punto. El pelo de bebé era fino y rubio y rizado y los ojos de bebé eran esferas azul grisáceo que se abrían y cerraban cuando movías el muñeco hacia atrás o hacia delante. Ver un bebé de cerca produce un hormigueo de miedo porque te parece que puede hacerse daño y eso me pasó con Emily, aunque no era *más que una muñeca...*

Mi prima Amy tenía tres años, once meses más pequeña que yo. Eso es lo que nos decían. En nuestra familia los cumpleaños son acontecimientos importantes, decían nuestros padres.

Amy era la hija de la hermana pequeña de mi madre, que era mi tía Jill. Así que, me explicó mi madre, Amy era mi prima.

A veces me daba un poco de envidia. Amy sabía hablar mejor que yo y a los adultos les gustaba hablar con ella y

maravillarse de su «destreza con las palabras», lo que me hacía sentir mal, porque de mi destreza no se maravillaba nadie.

Amy era una niña menuda, más bajita que yo. En conjunto más pequeña que yo.

Era extraño —a las amigas de nuestras madres les parecía una «monería»— ver a una niña tan menuda como Amy aferrada a un bebé de juguete. Cuidaba de la muñeca Emily con los mismos aspavientos con que la madre de Amy cuidaba de ella.

Incluso simulaba «dar las tomas» a Emily con un biberón diminuto lleno de leche. Y «cambiarle el pañal» a Emily.

Entre las piernas carnosas de bebé, Emily era lisa. Era imposible que Emily manchara el pañal.

Yo ni siquiera recordaba manchar el pañal. Sigo sin recordarlo. Me inclino a pensar que, de bebé, no necesitaba pañal, pero eso es probablemente erróneo, e irracional. Porque yo fui un bebé (varón) del todo normal, estoy seguro. Si ocurría algún «accidente», sobre todo de noche, en mi pijamita, como lo llamaba mi madre, no lo recuerdo.

Tampoco recuerdo «las tomas». Creo que las mías eran con biberón.

Todo esto fue hace mucho tiempo. Es normal que no me acuerde.

Puedes cogerla. Pero que no se te caiga. Esas fueron las palabras de Amy que sí recuerdo. Eran un eco de esas palabras que a menudo oyes a las madres adultas.

Cuando *falleció* Amy, para mi familia fue una sorpresa terrible. Primero dijeron que «iba al médico a hacerse unas pruebas». Luego dijeron que Amy estaría «unos días en el hospital». Después, que «no volvería del hospital».

Durante todo ese tiempo no me llevaron al hospital a ver a Amy. Me dijeron que mi prima volvería a casa pronto: «Entonces la verás, cariño. Muy pronto».

Y «Ahora mismo tu prima está muy cansada. Necesita dormir, y descansar y ponerse fuerte otra vez».

Más tarde me enteré de que lo que tenía mi prima era una enfermedad rara de la sangre. Un tipo de leucemia de progresión muy rápida en niños.

Cuando dijeron que Amy no volvería a casa no dije nada. No hice preguntas. No lloré. *Expresión pétrea*, oí a mi tía decir a mi madre. Me pregunté si tener expresión pétrea sería algo bueno o malo. Porque la gente te dejaba en paz.

Si llorabas, intentaban consolarte. Pero si tenías expresión pétrea te dejaban en paz.

Más o menos por entonces fue cuando robé la muñeca Emily del cuarto de Amy. Íbamos mucho a casa de mi tía y un día, mientras mi madre y ella lloraban juntas, fui a la habitación de Amy y cogí a Emily de la cama de mi prima, donde estaba con otras muñecas menos interesantes y peluches, como si alguien los hubiera dejado tirados a todos allí sin molestarse siquiera en hacer bien la cama.

Entonces no pensé que mis padres supieran que me había metido a Emily debajo de la chaqueta y que me la había llevado a casa. Pero más tarde me daría cuenta de que probablemente sí lo sabían, lo mismo que mi tía, y no me dijeron nada; no me castigaron.

Durante mucho tiempo no se habló de otra cosa que no fuera Amy. Si entrabas en una habitación y los adultos estaban hablando en voz baja, se callaban enseguida. Rostros adultos radiantes se volvían a mirarte: «¡Hola, Robbie!».

Yo era demasiado joven para pensar en si una enfermedad tan rara de la sangre podía ser «genética», es decir, que una generación la llevara en la sangre y la pasara a la siguiente.

Ya más mayor, leería sobre leucemia en internet. Pero seguiría sin saber.

Cuando estaba solo con Emily, llorábamos porque echábamos de menos a Amy. Yo no lloraba porque Amy estuviera *muerta*, solo porque *no estaba*.

Pero tenía su bebé de juguete. Me acurrucaba con Emily en la cama y eso me hacía sentir mejor. Un poquito.

Cuando cumplí cinco años Emily desapareció de mi habitación.

¡Qué sorpresa me llevé! Miré debajo de la cama y en el armario y en cada uno de los cajones de mi escritorio y luego volví a mirar en todos esos sitios así como debajo de las mantas a los pies de la cama, pero Emily no estaba.

Corrí a buscar a mi madre, llorando. Le pregunté dónde estaba Emily, porque lo de la muñeca de mi prima ya no era ningún secreto. Mi madre me dijo que a mi padre «no le parecía buena idea» que jugara con muñecas a mi edad. Las muñecas son para niñas, dijo mi madre, no para niños. «Papá ha pensado que era mejor quitártela antes de que te “encariñaras demasiado”...».

Mi madre hablaba con culpabilidad y había dulzura en su voz, pero nada de lo que dije la hizo cambiar de opinión, dio igual que llorara, lo enfadado que me pusiera, que le pegara y le diera patadas diciendo que la odiaba. No cambió de opinión porque mi padre se lo había prohibido. «Ha dicho que ya te había “consentido” bastante. Y dice que la culpa es mía».

En sustitución de Emily, que era tan dulce y plácida y olía a gomaespuma, mi padre le había dado instrucciones a mi madre de que me comprara un «juguete de acción» — uno de los modelos nuevos y caros—, un robot-soldado marine que venía armado y se movía hacia delante impulsado por una pila.

No se lo perdonaría a ninguno de los dos, decidí. Pero, en particular, nunca se lo perdonaría a él.

La primera de las *muñecas encontradas* fue Mariska.

—Cógela. Pero que no se te caiga.

Mi Amigo habló en voz baja, apremiante. Mirando a su alrededor para comprobar que no nos veía nadie. Yo había

ido y vuelto andado al colegio muchas veces en lugar de coger el autobús, donde iban chicos mayores que me insultaban. La casa de mi familia estaba al final de Prospect Hill, sobre la ciudad, con vistas al río, que a menudo estaba ceñido de bruma. La escuela secundaria estaba a un kilómetro y medio, por una ruta que me había aprendido de memoria. A menudo cogía atajos por callejones y jardines traseros por los que me desplazaba con la velocidad furtiva de una criatura salvaje. La calle era Catamount y había un sendero estrecho que discurría paralelo detrás de ella y con cercas de madera de dos metros que empezaban a pudrirse, cubos de basura y pilas de detritos.

Mi Amigo decía: *No mires nunca a los ojos. Así ellos tampoco te ven a ti.*

Nadie me vio nunca. Porque me movía deprisa y con sigilo. Y si me veían de lejos no veían más que a un chico, un chico joven con la cara borrosa.

Mi Amigo era muy alto. Más alto que mi padre. Yo nunca había mirado directamente a mi Amigo (que me lo tenía prohibido), pero intuía que sus facciones eran marcadas y astutas como las de un zorro, y que su manera de moverse era ágil como la de un zorro así que yo tenía que medio correr para seguirle el ritmo a mi Amigo, que tendía a la impaciencia.

—¡Cógela! No hay nadie mirando.

Mariska era una preciosa muñeca de porcelana muy distinta de Emily. Mariska tenía piel de porcelana color crema y dos manchas de colorete en las mejillas. Vestía el *dirndl* típico de una campesina de Europa del Este: blusa blanca, falda de vuelo y delantal, medias de algodón blancas y botas. Llevaba el pelo rubio recogido en dos trenzas y tenía una boca como un capullo de rosa y ojos azules con espesas pestañas rubias. Se hacía raro tocar la piel de Mariska, una piel de porcelana dura y rígida excepto en las partes donde estaba resquebrajada y rota.

Tenía los brazos extendidos en un gesto de sorpresa por el hecho de que una niña rubia con un vestido tan bonito, trenzas y ojos azules hubiera sido dejada caer desde la barandilla de un porche al suelo embarrado y tuviera el pelo sucio, la falda sucia y desgarrada y las medias blancas mugrientas. Y las piernas formaban un ángulo raro la una respecto a la otra, como si la izquierda se le hubiera retorcido a la altura de la cadera.

Caminaba con mi Amigo por el sendero detrás de la calle Catamount y entre los tablones podridos de una cerca cuando vimos a Mariska. Mi Amigo me apretó la mano tan fuerte que me dolieron los huesos.

—Es nuestro premio. La que hemos estado esperando. ¡Corre! ¡Cógela! No nos verá nadie.

Era una tarde oscura y tormentosa. Yo temblaba de miedo o de emoción. Porque mi Amigo había aparecido sin avisar y había echado a andar a mi lado. A menudo pasaba días sin verlo. Entonces aparecía. Pero me estaba prohibido mirarle a la cara.

No estoy seguro de cuándo llegó mi Amigo a mi vida. Mariska llegó a mi vida cuando estaba en octavo curso, así que fue antes de eso.

La casa de Mariska era una de esas casas revocadas de hormigón que había colina abajo. En ella no vivía una única familia, sino varias, porque era *de alquiler*, como decía mi madre.

Era gente que vivía *colina abajo*, como decía mi madre. No *colina arriba*, como nosotros.

Sin embargo había niños jugando allí. Jugaban y gritaban allí, al pie de Prospect Hill, que era muy distinto de la cima de Prospect Hill, donde mi familia llevaba décadas viviendo.

Debido a lo empinado de la ladera, unos escalones de madera bajaban del tosco porche en la parte trasera de la casa de Mariska hasta el pavimento desigual, a tres o cua-

tro metros. Pero nadie iba mucho por allí, el suelo estaba cubierto de detritos, incluso de restos de comida.

Mariska se había caído de la barandilla del porche, donde alguien la había dejado de cualquier manera. Pensé que eso era lo que habría pasado.

A no ser que a Mariska la hubiera tirado desde el porche alguien que se había cansado de sus mejillas de arrebol, boca de capullo de rosa, traje de campesina de vivos colores.

Mi Amigo dijo con avidez: *Es nuestro premio. Ya no nos la puede quitar nadie.*

Mi Amigo dijo: *Dentro de la cazadora. Camina deprisa ¡No corras! Ve por el camino trasero.*

Mariska pesaba más de lo que parecía. Una muñeca de porcelana es una muñeca que pesa.

Mariska tenía los brazos y las piernas extendidos de forma rara. Conseguí domarlos a la fuerza.

No podía esconder a Mariska en mi habitación, donde la habrían encontrado mi madre o nuestra ama de llaves. No podía esconderla en ninguna parte de la casa, aunque era una casa grande de tres pisos con muchas de las habitaciones cerradas. Así que la llevé a la «cochera», que se usaba de garaje para los coches de mis padres y de almacén, y donde pensé que la preciosa muñeca de porcelana estaría segura, envuelta en varias telas de cáñamo en uno de los boxes para caballos en la penumbra llena de telarañas.

La historia me había sido relatada con orgullo: el abuelo de mi padre había sido alcalde de una capital de provincia a diez kilómetros al sur que ahora era una ciudad *con problemas raciales y alta tasa de delincuencia*. Cuando el abuelo de mi padre dejó de ser alcalde se trasladó con su familia a Prospect Hill, este barrio residencial de habitantes en su mayoría blancos junto al río Delaware. Por entonces había caballos en las cocheras, en cuatro boxes al fondo y aún se olían los animales, un ligero tufo a abono seco, a su-

dor de caballo. Sabía que allí Mariska estaría a salvo. La iría a visitar cuando quisiera. Y Mariska estaría siempre, siempre allí, donde la había dejado, envuelta en lienzo por su seguridad.

Cuando mi Amigo no venía a verme me sentía muy solo, pero de haber habido caballos en el establo, como en tiempos de mi tatarabuelo, no me habría sentido tan solo.

Mis padres me habían advertido que no «jugara» en las cocheras. El tejado tenía muchas goteras y parte estaba podrido. Había una segunda planta hundida en el centro como si los tablones se hubieran reblandecido. Solo se usaba la parte delantera para los vehículos de mi padre y el resto estaba lleno de cosas abandonadas: muebles, neumáticos, un triciclo viejo mío, un cochecito de bebé, cajas de cartón. Eran todo cosas inservibles, pero no se tiraba ninguna.

Las avispas hacían sus avisperos bajo los aleros. Si no se las molestaba, el zumbido era pacífico.

Nadie me lo había contado exactamente, pero yo lo sabía. La familia de mi padre había sido acomodada hasta principios de la década de 1960; luego el negocio familiar había decaído. Mi padre hablaba con amargura de la *competencia de ultramar*.

Aun así, la casa de Prospect Hill era una de esas casas viejas y grandes que los demás envidiaban. Había inversiones inmobiliarias que continuaban rentando y mi padre trabajaba de contable para un negocio próspero del que hablaba con cierto orgullo. Mi padre no era un hombre distinguido ni fuera de lo común en ningún sentido excepto porque vivía en una de las casas viejas y grandes de Prospect Hill que había heredado de su padre. Yo pensaba que mi padre me habría querido más de haberle ido mejor en la vida.

—¡Qué cosa más terrible! Y ahora nos pasa *aquí*.

La cosa terrible no era un atraco ni un robo ni un incendio provocado ni una masacre sino una niña pequeña que había desaparecido en nuestra pequeña ciudad de provincias y no en la capital, a diez kilómetros al sur. Todos los periódicos y la televisión y la radio daban la noticia. Cuánta emoción, era como dejar caer una cerilla encendida en un montón de paja seca; no sabías lo que podía brotar de un gesto tan pequeño.

En el colegio convocaron una asamblea y la directora y un agente uniformado hicieron declaraciones. La niñita desaparecida estaba en cuarto curso y vivía en la calle Cata-mount y nos advirtieron de que no debíamos hablar con desconocidos y si alguno nos abordaba debíamos echar a correr lo más rápido que pudiéramos y avisar a nuestros padres o profesores o a la señora Rickett, que era la directora.

Al mismo tiempo, se sospechaba que la niña desaparecida había sido secuestrada por su propio padre, que vivía en New Brunswick. El padre fue arrestado e interrogado pero afirmó no saber nada de su hija.

Durante días hubo noticias de la niña desaparecida. Luego las noticias sobre la niña desaparecida perdieron intensidad. Después cesaron.

Una vez una niña *desaparece*, ya no vuelve. Aquella era una verdad que aprendimos en la escuela secundaria.

Mariska estaba a salvo en su escondite, en el box más alejado del viejo establo en la parte trasera de la cochera detrás de nuestra casa donde nadie la buscaría.

No fue culpa mía que mi prima Amy se *fuera* y me dejara. Te pasas la vida ansiando volver a lo que ha sido. Ansías volver a aquellos que has perdido. Haces cosas terribles con tal de volver, cosas que nadie más entiende.

La segunda *muñeca encontrada* no fue hasta noveno curso.